

Elfriede Jelinek

Las amantes

Barcelona: El Aleph Editores, 2005

### ***Las amantes treinta años después***

Dice Sebald en *Pútrida patria* que uno de los rasgos que se ha considerado con frecuencia como esencial de la literatura austriaca es la infelicidad del sujeto que escribe. Aunque quienes adoptan la profesión de escritor no se cuentan por lo general entre las personas más despreocupadas, sin embargo, la frecuencia de vidas infelices en la historia de la literatura austriaca es cualquier cosa menos dudosa, añade Sebald. En la nómina de autores que incluye Sebald en su ensayo no cita ni una sola mujer, quién sabe si porque quizás, en su opinión, las mujeres no comparten esas características de sus colegas hombres, o, si se trata únicamente de que la agudeza crítica del escritor alemán no se ha parado a considerar dicha cuestión en ninguna obra firmada por mujer. El caso es que quien lea la obra de Elfriede Jelinek, premio Nobel de Literatura 2004, además de percibir que forma parte de la tradición austriaca en su radical apuesta estética y en su feroz crítica de la sociedad a la que pertenece, ha de darle la razón a Sebald en lo que se refiere a la infelicidad que la obra exhuma.

Quien sí que habló de la literatura hecha por las mujeres fue Virginia Woolf. En el ensayo *Una habitación propia*, Virginia Woolf hace un repaso por la literatura inglesa y analiza las obras escritas por mujeres para llegar a la conclusión de que hasta principios del siglo XX se extiende lo que ella denomina la fase épica de la literatura femenina, una larga época de varios siglos en los cuales las mujeres han utilizado la escritura como un medio de autoexpresión, en lugar de como un arte. Con el nuevo siglo, sin embargo, Virginia Woolf vislumbraba nuevas escritoras, que escribirían "como una mujer, pero como una mujer que ha olvidado que es una mujer, de modo que sus páginas estarían llenas de esta curiosa cualidad sexual que sólo se logra cuando el sexo es inconsciente de sí mismo".

Quien lee a Elfriede Jelinek tiene que aceptar que la obra de la escritora austriaca se encuadra perfectamente en la aguda reflexión de Sebald sobre la literatura austriaca, mientras que de ningún modo puede identificarse con el tipo de literatura femenina que Virginia Woolf defendía para el futuro. De hecho, el ensayo así como la totalidad de la obra narrativa de Virginia Woolf han recibido una respuesta muy negativa por parte de la crítica feminista hasta hace bien poco. En 1977, por poner un ejemplo, Elaine Showalter criticaba *Una habitación propia* por reprimir la ira de la autora, y por camuflar su experiencia en un juego de perspectivas múltiples: "Si uno es capaz de ver *A Room of One's Own* como un documento en la historia literaria del esteticismo femenino, y permanecer al margen de sus estrategias narrativas, el concepto de androginia y la habitación propia no son ni tan liberadores ni tan obvios como parecen en un principio. Tienen un lado oscuro que es la esfera del exilio y del eunuco". El feminismo postestructuralista, sin embargo, valora de manera muy distinta el deseo de Virginia Woolf de negar la dicotomía metafísica entre lo masculino y lo femenino, así como la manera en la que socava radicalmente la idea de personalidad unitaria, concepto básico del humanismo machista occidental.

¿Dónde queda la novela *Las amantes* de Elfriede Jelinek tras estos rodeos lectores? Lo primero que viene a la mente es que *Las amantes* se queda en 1975, fecha de su publicación en alemán. El lector en castellano ha tenido que esperar treinta años y la concesión del Premio Nobel de Literatura a su autora para poder leer *Las amantes*. Son treinta años, y lo que ha cambiado el feminismo en estas tres décadas multiplica por tres

esa tardanza. Son treinta años y la lectura de *Las amantes* hoy reproduce los arduos debates de la crítica feminista durante esos años. Era 1975, y la manera de mirar y leer la obra de Virginia Woolf por parte de Elaine Showalter era la manera de mirar y leer la cuestión feminista por parte de Elfriede Jelinek. Era 1975, y quizás entonces a las mujeres el matrimonio se les ofrecía como la manera más fácil y rápida de prosperar en la vida. Era 1975, y, quizás, quedarse embarazada aseguraba un casamiento no siempre deseado por las dos partes. Seguramente las cosas serían así. Afortunadamente algo ha cambiado en estos treinta años. Pero aunque la novela sirviera de testimonio de esa situación de opresión, ignorancia y explotación, esa dicotomía entre lo masculino y lo femenino que se acerca a la robótica ahoga toda posibilidad de cambio, pues las protagonistas son un producto de la sociedad, sin capacidad para reflexionar ni margen de maniobra para oponerse a sus destinos sociales.

Se puede objetar a todo lo anterior que la mirada glacial de Elfriede Jelinek construye *Las amantes* a partir de la parodia de la novela rosa, pero el resultado está tan pegado al modelo que pretende parodiar que, como en la novela rosa, no hay espacio para que el lector elabore sus propias conclusiones. Si en la novela rosa el matrimonio es el premio a la constancia del alma femenina, en su parodia es el infierno. En los dos casos los textos están clausurados, sin vuelta de hoja. Pero, ¿treinta años después sigue siendo la novela rosa un referente de la literatura femenina?, ¿y del feminismo? **Ana Arregi**